

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127 y 128.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 17 de ocho entregas.

L47  
2233



47-2233

—Hable usted, marquesa.

—No puedo, no debo, no quiero ofender á mi hija; cuando ella vuelva, ella podrá responder á usted.

Eran tantas y tan terribles las emociones que aquella noche habia experimentado el general, que se sentia desfallecido, y dejándose caer en una butaca, se cubrió el rostro con las manos, tal vez para ocultar las lágrimas de fuego que asomaban á sus ojos.

## CAPÍTULO X.

Donde el general se persuade de que hay  
Providencia.

Durante algunos minutos ni el general ni la marquesa pronunciaron una palabra.

Aquel silencio tenia algo de la calma que precede á la tempestad.

De vez en cuando doña Beatriz fijaba una mirada fria, severa, en la inmóvil figura de su esposo.

No era el amor, por cierto, el dulce lazo que unia los corazones de aquellos esposos: era el orgullo, los penosos deberes impuestos por la alta posicion que ocupaban.

De repente y cuando el silencio era mas profundo, el general levantó la cabeza, y fijando en doña Beatriz los enrojecidos ojos, exclamó:

—Señora, estamos perdiendo un tiempo precioso... es preciso saber dónde está nuestra hija, y si, como sospecho, ha tenido bastante atrevimiento para poner las

plantas en casa del conde de la Fé, ¡ay de ella! ¡ay de ese viejo incrédulo!

—Solo falta, caballero, que demos un escándalo en Madrid,—repuso la marquesa;—si Clotilde ha cometido la imprudencia de visitar á Daniel, entonces, sin escándalo, sin que nadie se aperciba de ello, mañana, hoy mismo si es necesario, partirá usted con ella lejos de España.

—Pero antes de partir me vengaré.

—No es á usted á quien toca vengarse, sino á ellos.

—¿Vá usted á proclamarse defensora de mis enemigos?

—Siempre me he puesto del lado de la justicia.

—Está bien, señora; si no tiene usted palabras de consuelo para mí, le ruego, al menos, que me deje solo con mi desesperacion.

—Hace muchos años que termina usted todas nuestras cuestiones del mismo modo; pero advierto á usted, general, que hemos llegado á un punto del cual no podemos pasar sin que se tome una enérgica resolucion.

—¿Qué haria usted en mi lugar, señora?—preguntó sonriéndose sarcásticamente el general.

—Me resolveria á sacrificar á uno de mis dos hijos.

—¡Pero eso es muy terrible!

—Sí, lo conozco, muy terrible, pero es el justo castigo impuesto por Dios á los hombres que cometen la infamia que usted ha cometido.

—No es este el momento oportuno de las reconvencciones, sino de buscar una idea salvadora.

—Para usted, general,—añadió la marquesa con

despiadada entonacion,—no hay salvacion posible. Mi pobre hija y yo misma pagaremos, antes de mucho, culpas ajenas; pero algo puede evitarse no perdiendo el tiempo, porque si el amor que ha inflamado el corazon de Clotilde toma mayores proporciones, tal vez mañana una irreparable imprudencia nos coloque á todos en una situacion difícil.

—¿Cree usted, señora, que Clotilde ha salido de casa para visitar á Daniel?

—Lo ignoro, caballero, pero lo temo mucho. Ella le ama, sabe que está herido, y la juventud es la edad de las imprudencias.

—No, no es posible que Clotilde cometa semejante locura.

Y el general, levantándose de la butaca en que se hallaba sentado, se puso el sombrero y dijo:

—Pronto sabremos la verdad.

—¿Qué vá usted á hacer?—le preguntó la marquesa colocándose delante de la puerta como para impedirle el paso.

—Voy á casa del conde de la Fé.

—Solo nos faltaba esa imprudencia.

—¿Cree usted que voy á esperar resignado el regreso de Clotilde?

—¡Y por qué no, general! Producirse de otro modo no daria mas resultado que un escándalo, y debemos evitarlo á todo trance.

—Pero yo necesito saber si mi hija ha visitado á Daniel.

—Lo sabrá usted, general, porque yo he mandado á una persona de mi confianza para que siga sus pasos. Pero, vuelvo á repetirlo, mientras se resuelve nuestra grave y difícil situacion, es preciso llevarse á Clotilde lejos, muy lejos de Madrid, y hacerle olvidar al hombre á quien en mal hora vió.

El general, que comenzaba á aturdirse, que se sentia fatigado por los terribles y frecuentes golpes que sobre él descargaban las circunstancias, comprendió que era prudente seguir el consejo de la marquesa; pero nada se decidia á resolver hasta que regresara Santiago y le diera cuenta de la infame comision que le habia dado.

Por otra parte, con dificultad podria tranquilizarse el espíritu de un padre que, amando como él amaba á su hija, se hallara en su situacion.

Hay momentos en la vida en que el ánimo se encuentra tan fatigado y el corazon tan inquieto, que se desea la soledad y el silencio como único remedio á esos grandes padecimientos morales que conmueven el alma.

El general Lohan habia arriesgado la vida cien veces. Cada grado, cada condecoracion se consignaba en su hoja de servicios por un rasgo de valor ó por una herida recibida en el campo de batalla.

Ante el peligro, con la frente serena y la sonrisa en los labios, habia desafiado la muerte, enardecido por la ambicion que le devoraba. Y la Providencia, ese juez inexorable y justo, tan pronto como vió á aquel soldado de fortuna escalar uno de los primeros puestos de la milicia con la frente coronada de laurel y el pecho cu-

bierto de condecoraciones, estendiendo su mano, le habia dicho con voz amenazadora: «Tú has engañado á los hombres: la sociedad envidia tu gloria y se inclina respetuosa para salvarte; busca con afan tu amistad y te estrecha con orgullo la mano, y es porque esta sociedad hipócrita y pequeña no tiene como yo el don divino de leer en el fondo de las almas; pero tu ambicion satisfecha, tu vanidad colmada no han de constituir tu felicidad, porque yo removeré tu conciencia y levantaré en tu corazon el grito del remordimiento.»

El general, á pesar de sus títulos y su inmensa fortuna, era un verdadero desgraciado.

Suplicó á la marquesa que le dejara solo, pero que tuviera la bondad de avisarle tan pronto como regresara su hija.

—Tengo necesidad,—la dijo,—de descansar algunas horas, de reconcentrar mis ideas, de pensar algo que pueda sacarnos airosos de la situacion en que nos hallamos.

Doña Beatriz, cuyo carácter indomable no se doblegaba nunca ante el general, salió del gabinete dirigiéndole una mirada de desprecio.

Don Pedro se quedó solo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos.

—¡Ah!—esclamó en voz baja,—¡qué terrible es mi expiacion! ¡Cuándo terminará esta terrible angustia que me devora! ¡Cuándo brillará sobre mi frente un rayo del purísimo sol de la felicidad!

En este momento abrióse bruscamente la puerta del gabinete.

Un hombre pálido, con el cabello en desorden y el traje casi hecho girones, avanzó con ademán descompuesto hasta colocarse en medio de la habitación.

Al pronto pareció no ver á nadie: sus ojos hundidos despedían una de esas miradas sombrías, amenazadoras, á través de las cuales se adivina la terrible tempestad de su alma.

Se llevó una mano al pecho, respiró con fuerza como si estuviera fatigado y avanzó con resolución hácia la alcoba. Cogió con mano trémula y nerviosa la rica cortina de terciopelo, forrada con los blasones del marqués del Radio, y tirando con fuerza, la descorrió, exclamando al mismo tiempo:

—¡Señor general!

Don Pedro, al oír esta voz, que le arrancó, por decirlo así, de sus profundas meditaciones, se levantó de la butaca como si una fuerza superior á su voluntad le hubiese empujado.

—¡Quién me llama!—esclamó el general.

El hombre que se hallaba junto á la alcoba volvióse bruscamente hácia el sitio donde se oía la voz, á cuyo tiempo fué reconocido, y este grito se escapó de los labios del marqués del Radio:

—¡Ah! ¡eres tú, Santiago!

Santiago respiró con fuerza: parecía hallarse fatigado. Sus ojos sanguinolentos, su frente sombría tenían algo que indicaba la rabia, la desesperación.

—¿Has perdido el uso de la palabra?—repitió el general con brusca entonación.

—El infierno parece que se ha conjurado contra nosotros,—contestó Santiago con voz sombría.

Estas palabras produjeron un brusco estremecimiento al general, que se quedó mirando á su ayuda de cámara como si tuviera miedo de dirigirle nuevamente la palabra.

Pero aquella situación no podía prolongarse, era preciso definirla, aclararla.

—Supongo que eres portador de malas nuevas.

—¡Oh, sí! muy malas, general, muy malas.

—Habla, pues; terminemos pronto. ¿Ha dejado de existir el doctor Samuel?

—El doctor Samuel...—repitió Santiago sonriéndose de un modo que daba miedo,—el doctor Samuel debe tener sin duda algún genio protector que le defiende y le salva en los momentos de gran peligro. Yo he descargado una noche un arma de fuego sobre su frente, yo le he visto tendido á mis piés exánime, en medio de un charco de sangre, sin vida, y luego he vuelto á encontrarle ante mi paso, firme y robusto como un cedro.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Yo le he visto,—repuso Santiago sin dar oídos á la pregunta del general,—tendido en una cama, pálido, hambriento, moribundo: creía que aquella naturaleza iba á exhalar en breve el último suspiro, me pareció ver en sus ojos, brillantes y apagados á la vez por la calentura del hambre, asomar la pálida y fría sonrisa de la muerte, y sin embargo, general, cuando esta noche llegué á la *Casa Blanca*, cuando desde lejos fijé mi mirada

absorta ante el resplandor de una inmensa hoguera, me sonreí pensando que la casualidad libraba á mi brazo de un crimen.

—¡Basta! ¡basta!—esclamó el general temiendo que su ayuda de cámara se hubiera vuelto loco:—todo lo que me dices es incoherente, incomprensible, extraño. ¿Será que el miedo ha trastornado tu razon, Santiago?

El ayuda de cámara se sonrió y dijo:

—¡Ah, señor general! Mi brazo y mi corazon no tiemblan nunca cuando se disponen á ejecutar las órdenes que usted les comunica; pero lo que ha sucedido esta noche me es de todo punto imposible describirlo, porque ni yo mismo me lo sé.

—Pero el doctor Samuel...

—Ignoro su paradero.

—¡Cómo!—esclamó el general retrocediendo dos pasos.—¿Se ha fugado de la *Casa Blanca*?

—Mucho lo dudo, señor.

—Entonces...

—La *Casa Blanca* ha sido esta noche presa de las llamas. En sus escombros se han encontrado los restos de dos cadáveres, calcinados, convertidos en ceniza por el fuego. Cuando yo salí de ella para venir á recibir órdenes de usted, dejé allí tres hombres: el guardian, Bonifacio y el doctor Samuel; ¡quién se ha salvado de los tres! Lo ignoro, pero mucho temo que sea el doctor Samuel.

—Pero tú me has dicho que el doctor Samuel se hallaba débil, moribundo, y en ese estado no es fácil salvarse.

Santiago agitó la cabeza de un modo significativo, y fijando una mirada sombría en el general, añadió:

—El incendio de la *Casa Blanca* envuelve indudablemente algun misterio que hoy no puedo descifrar: es indudable que una mano prendió fuego al edificio, procurando al mismo tiempo dejar poco rastro de su crimen. Si mis sospechas se realizan, grandes peligros nos amenazan: es preciso, pues, á todo trance descubrir la verdad.

—Pero un acontecimiento de esa naturaleza habrá traído la justicia al punto de la catástrofe.

—Cuando yo salí, solo alguno que otro vecino de los caseríos inmediatos se hallaban contemplando los restos del incendio.

—¿Y tú no has podido inquirir...

—Nada absolutamente: he preguntado en vano á todos los que encontré en mi paso y tenían noticia de la catástrofe de la *Casa Blanca*, y ellos, como yo, no sabían sino que era un edificio que se había quemado.

—Es preciso inmediatamente buscar á Quesada; entérale de lo ocurrido y que él averigüe la verdad: corre, Santiago, corre; refiérele lo que has visto, porque el tiempo para nosotros es sumamente precioso.

Santiago no esperó que le repitieran la orden.

Salió precipitadamente del gabinete del general sin ocuparse del desórden de su traje ni del sombrío aspecto de su fisonomía.

El marqués del Radio se puso á dar paseos por la habitacion. Comprendía que su situacion era grave;

para salir de ella necesitaba mucho aplomo, mucha serenidad, mucho dominio sobre sí mismo.

—Es preciso no aturdirse,—se dijo hablando consigo mismo.—Si uno de los cadáveres que se han encontrado en los escombros de la *Casa Blanca* es el del doctor Samuel, el peligro no será para nosotros tan inminente; pero si él ha logrado salvarse, si se halla libre, entonces todo debo temerlo.

Aquí llegaban las reflexiones del general Lostan, cuando se presentó Rosa, la doncella de Clotilde, con una carta en la mano.

Aquella carta era de doña Beatriz y en ella le decia lacónicamente al general las siguientes palabras:

«La dadora de esta carta es la doncella que sale todas las mañanas con la hija de usted; yo no he querido interrogarla. Clotilde ha vuelto y se halla en su gabinete.»

El general estrujó aquella carta entre las manos; sus ojos brillaron de un modo siniestro, porque en la situación violenta en que se encontraba, era para él un placer desahogar su cólera en alguien.

Rosa estaba bien lejos de sospechar el contenido de la carta que ella misma habia entregado al general, y ya iba á retirarse, cuando don Pedro le dijo con voz terrible:

—¡Quédate! tengo que hablar contigo.

Rosa se quedó inmóvil: habia algo en aquella voz que le daba miedo; pero serenándose, procuró mantenerse tranquila delante del general, que no era para ella, en aquellas circunstancias, mas que un juez inflexible que iba á formular una terrible acusacion.

—Vas á responderme toda la verdad, y ¡ay de tí si me engañas! porque entonces nada me seria tan fácil como perderte. ¿Cuántos dias hace que sales por la mañana acompañando á la señorita Clotilde?

—Yo, señor general...—tartamudeó Rosa.

—¡Nada de vacilaciones! ¡nada de excusas! ya te he dicho que quiero saber la verdad, por terrible que sea para mí.

Rosa inclinó la frente sobre el pecho, se puso á temblar y guardó silencio.

Don Pedro descargó un terrible puñetazo sobre una mesa, que arrancó un grito de espanto á la doncella, y luego, abalanzándose sobre la aterrada Rosa, la cogió bruscamente por los hombros y comenzó á sacudirla, diciendo:

—¡Quiero saberlo todo!... ¿lo oyes? ¡todo! Si continuas callando, te arrojo por ese balcon.

Rosa temió que el general cumpliera la amenaza, y poseida del mayor espanto, contestó:

—No me haga usted daño, señor, y lo diré todo.

—¡Está bien! ¡habla!

—La señorita tiene en mí mucha confianza,—añadió la doncella entre suspiros y lágrimas.

—Adelante, adelante.

—Y me dijo un dia: «Rosa, es preciso que me acompañes á ver á un enfermo.»

Don Pedro lanzó un rugido, y como Rosa se detenia en su relato, exclamó:

—¡Prosigue!

—Yo no me atreví á desobedecerla y le dije: «Vamos á donde usted quiera,» y ayer mañana salimos de casa muy temprano y nos dirigimos á casa del señor conde de la Fé, donde, segun parece, se halla herido el señorito Daniel.

—¡Esa imprudencia,—esclamó el general,—costará sangre! ¿Y hoy habeis ido tambien?...

—Sí, señor.

—Tú habrás presenciado la entrevista de la señorita Clotilde y Daniel.

—No, señor.

—¡No mientas!

—Digo la verdad: lo mismo ayer que hoy me he quedado esperando en la antesala. La señorita entró sola en la alcoba del enfermo.

—Pero tú oirias lo que hablaron.

—Nada absolutamente.

—Aunque así sea, mi hija te habrá hecho alguna confianza.

—Solo sé que la señorita ama al señorito Daniel.

El general hacia sufrir á Rosa los tormentos del infierno: su rostro estaba descompuesto, sus ojos despedian siniestras miradas.

—¡Ay de tí!—esclamó apretando los puños y haciendo rechinar los dientes,—¡ay de mi hija! ¡ay de Daniel si con su amor han manchado mis canas, porque ninguno de los tres se librá de mi venganza!

Y tirando con fuerza del llamador de la campanilla, dijo á un criado que se presentó:

—Encierre usted á esta mujer en su misma habitacion y no le permita hablar con nadie hasta nueva orden.

—¡Á mí, señor!—esclamó con espanto Rosa.

—Sí, á tí, miserable: espera resignada la sentencia que merece tu falta.

—Yo solo he hecho lo que debia: obedecer á mi ama.

—¡Basta! llévatela y que no hable con nadie.

El criado, á pesar de la protesta de Rosa, la cogió por un brazo y la sacó del gabinete.

Don Pedro, al verse solo, se llevó las manos á las sienes, se las apretó como si temiera que le saltaran y dijo:

—¡Dios mio! ¡qué grande es la expiacion de mi culpa!... ¡será tarde para evitar un crimen de los mas repugnantes! Veamos á Clotilde.

Y diciendo esto, salió precipitadamente de la habitacion.

## CAPÍTULO XI.

## La voz de la sangre.

Don Pedro, al llegar á la puerta del gabinete de su hija, se detuvo. Todo su valor, toda su energía, toda la cólera de que se hallaba lleno su corazón era impotente ante aquella débil niña que amaba con delirio.

La situación de aquel hombre era terrible. La entrevista que iba á tener con Clotilde le daba miedo; hubiera preferido cien veces tomar una fortaleza.

Comprendió que antes de penetrar en el gabinete de su hija, debía serenarse, y le sublevaba la idea de que Clotilde, acosada por sus preguntas, le dijera: «Pertenezco á Daniel: tú te has opuesto á nuestro amor; yo, que le habia entregado el corazón, le he entregado también mi honra.»

En este caso, el general ¿qué podía hacer? Volverse loco ó levantarse la tapa de los sesos.

Por otra parte, para que aquel amor que le amenazaba con el crimen de los incestuosos dejara de ser un peligro, el general tenia que revelar á su hija la verdad

y decirle: «Tú eres una hija natural; todos los derechos están de parte de Daniel.»

Esta revelacion era imposible, porque la marquesa exigia el mas profundo silencio sobre este punto.

Don Pedro, como hemos dicho, se detuvo antes de entrar. La rabia que manifestó poco antes comenzaba á convertirse en debilidad.

Gruesas gotas de sudor inundaban su frente, latía-le el corazon acobardado y sentia en sus pulmones escasez de aire para respirar.

El general comprendia su situacion: todo comenzaba á conjurarse contra él.

Era preciso revestirse de grande energía, disponerse á parar los golpes que la fatalidad le deparaba; pero en aquel momento de terrible angustia una idea cobarde se aferraba á su cerebro: la fuga.

Tenia el presentimiento de que ninguno de los dos cadáveres encontrados en los escombros de la *Casa Blanca* era el del doctor Samuel; porque en esos momentos en que el hombre se halla bajo el peso de su conciencia agitada, el miedo le hace ver con ojos de aumento su situacion, y creyendo en la Providencia, teme el justo castigo que merecen sus culpas.

Si efectivamente el doctor Samuel no habia muerto, si ese ángel que vela por los justos le habia salvado y se presentaba á pedirle justicia, ¿cómo encontrar palabras para defenderse de sus terribles acusaciones?

El general Lostan, débil, trémulo, haciendo increíbles esfuerzos para serenarse, permaneció algunos mi-

nutos apoyado en la puerta que daba paso al gabinete de su hija.

En medio de su aturdimiento, de su gran inquietud, comprendia, sin embargo, que era preciso no perder ni un solo minuto, y aprovechando un momento de energía, empujó la puerta y entró en la habitacion de su hija.

Clotilde estaba allí lánguidamente reclinada en un sofá y con la frente oculta entre las manos.

El general, antes de dirigirle la palabra, estuvo contemplándola algunos segundos.

Aquella jóven tan hermosa, tan espiritual, tan buena, pocos dias antes rodeada de felicidad, lloraba.

Las lágrimas de Clotilde habian sido siempre la piedra de toque para conmover el corazon del general.

Las circunstancias habian cambiado mucho desde aquel dia en que conocimos por vez primera á Clotilde.

El general no era ya el padre condescendiente, débil, cariñoso, sin mas voluntad que los caprichos de su hija.

Don Pedro avanzó algunos pasos, procurando dar á su semblante esa gravedad serena que tanto impone á los hijos cuando aparece en el rostro de sus padres.

Aquella gravedad era fingida, una gravedad que ocultaba los latidos de su corazon inquieto y turbado, una gravedad, careta engañosa que tantas veces el hombre busca para encubrir su sobresaltado espíritu.

—¿Por qué lloras, Clotilde?—le preguntó don Pedro con reposado acento.

La jóven levantó la cabeza: sus hermosos ojos, azu-

les como el cielo, estaban llenos de lágrimas; sus tersas mejillas, sonrosadas en otro tiempo como la flor de la adelfa, tenían la palidez del insomnio y de la inquietud.

Sin embargo, Clotilde hizo un esfuerzo y se sonrió.

—No tengo nada, padre mio, absolutamente nada.

—Comienzas por mentir y eso me disgusta, Clotilde.

La jóven se estremeció: adivinaba algo en el semblante de su padre, que era una reconvencion. Acostumbrada á dominarle, aquella gravedad respetuosa con que le dirigia la palabra y el acento duro y seco de su voz le hacian daño.

—Muchas veces,—contestó con tímido acento,—se llora por llorar y una no puede darse explicacion de estas lágrimas, hijas del alma, que asoman á los ojos.

—Permite, Clotilde, que yo no dé crédito á esa definicion que acabas de hacerme de las lágrimas.

—¿Y por qué, padre mio?

—Porque á los diez y nueve años una jóven como tú, á quien sonrie el porvenir y la felicidad por todas partes, no llora sin un grave motivo.

Y el general, despues de exhalar un profundo suspiro, fijó en su hija una mirada como si pretendiera leer en el fondo de su conciencia y repuso:

—¿Quieres que yo te diga la causa de esas lágrimas?

Estas palabras cayeron como gotas de plomo derretido en el corazon de Clotilde. El general las pronunció con una frialdad abrumadora, como pudiera pronunciarlas un juez firmemente convencido de la acusacion que iba á seguirlas.

—¡Tú!—repuso con asombro Clotilde.

—Hija mia,—añadió el general procurando suavizar su acento,—nadie en el mundo se interesa tanto por tu felicidad como yo: no debe, pues, estrañarte que me haya tomado el trabajo de espiarte desde el dia en que advertí que no me amabas como en otro tiempo.

—¿No amarte á tí, que eres el mejor de los padres?  
¿Por qué me ofendes con esa duda?

—Porque he perdido la confianza de otros dias.

—No te comprendo.

—¿Á dónde has ido esta mañana, Clotilde?

La jóven, al oir esta pregunta inesperada, se levantó involuntariamente, y bajando la vista con turbacion, guardó silencio.

—Conoces que has hecho mal,—añadió don Pedro,—y te avergüenza decir la verdad. Pues bien, yo voy á evitarte ese trabajo: tú has ido á casa del conde de la Fé.

—¡Padre mio!—esclamó temblando Clotilde.

—Tú, olvidando tu decoro y lo que te debes á tí misma y á mi nombre, has cometido la imprudencia de visitar á Daniel.

Clotilde lanzó un grito y volvió á caer desfallecida en el sofá.

El general no se movió del sitio en que se hallaba: la contempló algunos segundos, notándose en su semblante la lucha terrible que mantenía consigo mismo.

—Tu imprudencia, Clotilde, me ha hecho mucho daño, mas del que tú puedes imaginarte, y yo estaba

muy lejos de creer que apreciaras en tan poco mi decoro y mi reputacion.

Y como Clotilde guardara silencio, el general, despues de una corta pausa, volvió á decir:

—Por la mesura de mis palabras podrás comprender el profundo dolor que tu conducta me causa; tal vez mañana tu honra y mi buen nombre correrán por Madrid de una manera poco agradable. Quiero hacerte el favor de concederte que tú no sabes lo que has hecho; pero en cambio de esta concesion y de la benevolencia con que te trato despues de tu grave falta, te exijo, con los derechos indudables de padre, que me respondas la verdad para que remedie el mal si aun es tiempo.

Aquí hubo otra pausa: Clotilde lloraba, cubriéndose el rostro con las manos. El general, de vez en cuando, se llevaba la mano al pecho, sin duda para comprimir los latidos de su corazon.

—Responde, pues, Clotilde, la verdad; no te avergüences nunca de que brote de tus labios, porque la verdad, por amarga, por terrible que sea, siempre honra á aquel que de ella se sirve. ¿Has ido á ver á Daniel?

—Sí, padre mio,—contestó con balbuciente acento Clotilde.

—Está bien. ¿Qué te impulsó á dar ese paso arriesgado?

—Daniel se habia batido por mí; me habian dicho que estaba gravemente herido, que peligraba su existencia y que su única felicidad para morir tranquilo consistia en verme un instante junto á su lecho de muerte.

—¿Y quién es el que inventó esa farsa para obligarte á faltar á tus deberes y poner en grave riesgo tu honor?

—Padre mio, eso no lo diré nunca; pregúntame todo lo que á mí me concierna, lo que á mí me incumba: mia es solo la responsabilidad de la imprudencia que he cometido; conozco que tienes derecho para estar enojado conmigo, pero no me obligues á que acuse á la persona que, guiada por una idea humanitaria, me indicó los deseos de Daniel.

—Enhorabuena: guarda el nombre de ese enemigo de nuestra honra, calla su nombre; porque me importa poco que tú lo pronuncies, pues yo le conozco y me vengaré en su dia. Ahora necesito que me digas todo lo que has hablado con Daniel.

—Daniel me ama, padre mio: su alegría al verme fué inmensa; yo comprendí que mi presencia le devolvía á su cuerpo la vida, la fuerza vital; que su amor es puro como las auras que se posan en el cáliz de las flores, y de sus labios no brotó ni una sola palabra que pudiera ofender la castidad de mi pensamiento.

—Pero tú, ¿tú le amas tambien?—preguntó el general, á quien las palabras que acababa de pronunciar su hija devolvian gran parte de la felicidad perdida.

—¡Que si le amo! ¿para qué negarlo? Le amo, sí, padre mio, le amo porque le he visto solo y despreciado, huérfano y combatido por la fortuna; le amo porque en sus ojos hay algo que conmueve mi corazon, porque me inspira una simpatía inesplicable, porque siempre que le he visto tímido, modesto, respetuoso, he sentido den-

tro de mí una voz que me ha dicho: «No mires con indiferencia á ese jóven, porque tu indiferencia le mata-  
ria, porque él te ama con toda su alma y te venera como á las vírgenes del templo.» Muchas veces me he preguntado á mí misma por qué mis ojos miran con tanta indiferencia á esos admiradores de sangre azul que me rodean, y se fijan con interés en ese pobre huérfano, criado en una aldea y á quien tú tan despiadadamente le cerraste las puertas de tu casa. Me prohibes, sin embargo, que le ame; demuestras un rigor impropio de tu carácter y de tu condescendencia para conmigo, y fuerza es decírtelo todo, puesto que ha llegado el momento de las revelaciones: mis sentimientos y tu conducta están en opuesta contradicción.

El general habia escuchado con creciente asombro esta epopeya del alma de su hija.

La pasión que sentia Clotilde por Daniel no era el amor carnal, era la voz de la sangre que la impulsaba hácia el jóven huérfano sin que ella, como acababa de decir, pudiera explicarse la causa.

El problema estaba resuelto: Clotilde era pura como aquel dia en que se entreabrieron sus labios para recibir el soplo de vida, gérmen infalible de la muerte; pero esta pureza, como la de Francisca de Rimini, estaba suspendida al borde de un abismo.

El general quiso hacer la última prueba y dirigió á su hija esta pregunta:

—Respóndeme con la mano puesta sobre el corazón: ¿qué harías si yo te prohibiese que amases á Daniel?

—Amarle siempre.

—¿Y si ese amor causara tu desgracia y mi muerte?

—¡Ah, padre mio! Yo no seré nunca de Daniel si tú no quieres: le diré que me olvide, que me aborrezca; huiré de él, daré mi mano al que tú quieras; hija sumisa, obedeceré tus órdenes sin vacilar, te entregaré mi felicidad, mis ilusiones, mi vida, si quieres.

Y Clotilde, poniéndose una mano sobre el corazón, añadió con sublime acento:

—Pero aquí, padre mio, hay algo superior á mis fuerzas, algo mas grande que mi voluntad, algo mas inmenso que mi deseo, y yo no podria arrancarlo de mi pecho sin arrancarme la vida.

Y Clotilde, al pronunciar estas palabras que reasumian el poema de su amor, volvió á cubrirse el rostro con las manos y prorumpió en amargo y triste llanto.

El general se llevó la mano á la frente, que le ardia como un áscua de fuego.

Una sola palabra hubiera bastado para arrancar del alma apasionada de su hija un grito de entusiasmo; pero ¡ay! aquel hombre, castigado por la mano de Dios, no podia pronunciar esa palabra.

Si en aquel instante le hubiese dicho: «ama á Daniel, porque Daniel es tu hermano,» Clotilde hubiera comprendido la causa de su gran simpatía hácia el huérfano.

Pero, ¿cómo pronunciar esta palabra? ¿Podia, por ventura, el general? ¿No se hallaba interpuesta la marquesa del Radio? ¿No habia la orgullosa aristócrata cerrado los labios de don Pedro con el candado de sus

terribles amenazas? ¿Puede un hombre que lo ha sacrificado todo para escalar una elevada posición, decir á la faz del mundo y á los ojos de aquellos que le admiran y respetan: «Escupidme al rostro, cerradme vuestras puertas, negadme vuestra amistad, huid de mí como del leproso que mancha con su contacto?»

No, no, esto es imposible; por grande que fuese el crimen del general, el hombre es hijo de las circunstancias. La historia está llena de ejemplos, y la sociedad muchas veces juzga con injusticia, sin pensar en la gran distancia que media de la práctica á la teoría.

Don Pedro comprendió que por el momento solo le quedaba un camino: la fuga.

Cuando la autoridad paternal se convierte en tiranía, en violencia, casi siempre acaba por ser impotente y consigue un efecto contrario al que desea.

El general tuvo en aquel instante supremo bastante talento para comprenderlo así, y en vez de prohibirle á su hija que se acordara de Daniel, se contentó con decirle lacónicamente:

—Hija mia, acaba de hablarme tu corazón y él me ha dicho la verdad; vá á hablarte el mio: tu amor es imposible. No emplearé la violencia para hacerte olvidar á Daniel, pero pondré los medios que están al alcance de mi inteligencia y mi fortuna. Esta noche abandonaremos á Madrid: disponlo todo.

Y cogiendo cariñosamente con sus dos manos la hermosa cabeza de su hija, depositó un beso en su frente y salió de la habitación.

LIBRO DÉCIMO.

---

El misterio de un crimen.

---

LIBRO DÉCIMO.

El misterio de un crimen.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## El Gorrion.

Serian las once de la mañana: el cielo estaba diáfano, azul, sin una nube; el sol espléndido irradiaba con toda la magnificencia de que es capaz su universal frente.

Era un día hermoso, de esos en que se piensa en el campo, y por eso voy á conducir al campo á mis lectores.

Detengámonos, pues, por algunos momentos en el ventorro de Leandro y le veremos sentado á la puerta con un cigarro en la boca y el semblante rebosando la mas perfecta impasibilidad.

Sin embargo, á pesar de la calma aparente que ostenta la fisonomía de nuestro hombre, de vez en cuando puede notarse que sus ojos dirigen furtivas miradas hácia la vereda que en las orillas del Canal marca el camino de Madrid.

Leandro lleva la cabeza vendada, y á través de los

blancos trapos, puestos con cierto desaliño, se pueden ver algunas manchas sanguinolentas.

El ventero está solo, ni siquiera le acompaña su inseparable Colin: sin duda por eso no está él con la confianza de otras veces, porque Colin era un buen guardian que le anunciaba siempre de día y de noche las visitas que se dirigian al ventorro.

¿Por qué llevaba la frente vendada Leandro? ¿Por qué no estaba Colin, como de costumbre, echado á sus piés? Pronto vamos á saberlo.

Por la vereda que hemos indicado bordea el Canal y conduce á Madrid, apareció un jóven que apenas contaría veinte años de edad.

Este jóven vestia una chaqueta de paño negro, pantalón de patencour, chaleco de lana y faja negra: llevaba una gorrita de paño muy echada sobre la frente y un róten con puño de plomo, con el cual iba, como Tarquino, decapitando todas las plantas que encontraba á su paso.

Este jóven era flaco, pálido, desmedrado: el verdadero tipo madrileño de los barrios bajos. Sus labios rectos y delgados proyectaban siempre un asomo de sonrisa llena de malicia y de intencion, y sus ojos pequeños, hundidos y vivos, espresaban la malicia unida á la inteligencia. Una sombra de bigote sombreaba su labio superior, y sus cabellos negros estaban peinados por encima de la oreja y sujetos á las sienas por una cantidad de pomada que les hacia brillar á la luz del sol.

Leandro vió desde lejos que se aproximaba aquel jóven, y como si no le reconociera al principio, se puso la mano delante de las cejas, en forma de pantalla, para quitarse el sol, y despues de algunos instantes, se dijo hablando consigo mismo:

— ¡Calle! es el Gorrion. ¿Qué le traerá por estos barrios?

El Gorrion era, ni mas ni menos, que un *tomador del tres*, tan ingenioso como Candelas y tan listo y precavido como el pájaro que le servia de apodo. Poco antes de llegar al ventorro se detuvo, y en su viva y animada fisonomía aparecieron los signos del mayor asombro.

Este asombro era producido por el espectáculo que ante sus ojos presentaban las ruinas de la *Casa Blanca*.

Leandro se sonrió y se dijo:

— De seguro que el Gorrion se está bañando en este momento en agua rosada al ver los restos de la *Casa Blanca*. A otros muchos les sucederá lo mismo.

Y haciendo un movimiento característico con los ojos y el semblante, añadió:

— Como no vuelvan é reedificarla otra vez... pero nó es fácil.

Y luego, exhalando un suspiro como el que evoca algun recuerdo doloroso, murmuró en voz baja:

— ¡Pobre Chamorro! si hubiese muerto en el patíbulo, nada me hubiera estrañado; pero convertido en chicharron, jamás lo hubiera creído.

Mientras tanto el Gorrion, despues de contemplar las ruinas de la *Casa Blanca* desde lejos, se decidió á

continuar su camino, dirigiéndose hácia el ventorro.

—Buenos días, Leandro,—le dijo cuando llegó á tres pasos de distancia.

—Buenos los tengas.

—Parece que esta noche habeis tenido luminarias.

—Sí, y hasta tal punto han brillado, que los lagartos, creyendo que salia el sol antes de tiempo, comenzaron á sacar sus cabezas de las madrigueras. Pero, ¿cómo tú por estos barrios?

—Amigo Leandro, desde que nos pusieron esa garita con el ojo abierto encima de tu ventorro, á muchos amigos nos ha parecido oportuno no hacerte tantas visitas.

—Dices bien, algunos parroquianos me ha quitado la *Casa Blanca*, pero ahora...

—Si no la vuelven á reedificar, menos mal. Pero, ¿cómo diablos se ha pegado fuego?

—¡Pscht! No lo sé: tal vez alguna imprudencia de los que en ella vivian. Yo solo puedo decirte que á eso de la una de la madrugada me pareció oír gritos pidiendo socorro y abrí la puerta, y entonces me encontré con un gran resplandor que lo iluminaba todo: al pronto me creí que tenia el fuego dentro de mi casa, y averiguada la verdad, me dispuse á prestar ayuda. Pero ya era tarde: bonito estaba aquello para apagarlo con algunos cubos de agua; con el aire que hacia y el poder que habian tomado las llamas, dudo que todas las bombas de Madrid hubieran sido suficientes para apagarlo.

Y Leandro, sonriéndose de un modo natural, aunque no habia dicho una sola palabra de verdad en su relato, añadió:

—Ya ves lo que he sacado de la broma: un madero que me cayó sobre la cabeza, poniendo en grave peligro mi vida. Yo le decia á Chamorro: «No seas tonto, nosotros no podemos apagar el incendio, échate fuera;» pero Chamorro, cerrando los oidos á mis consejos, quiso hacer un milagro, se metió dentro, y esta es la hora que no ha vuelto á salir.

—¡Ah! ¿Conque Chamorro ha muerto?

—Sí, achicharrado como S. Lorenzo.

—Pobre Chamorro—repitió el Gorrion con una indiferencia que demostraba bien claro lo poco que le importaba su muerte.

Y sentándose junto á la mesa que habia en la puerta, preguntó:

—¿Ha venido ya la justicia á enterarse de la *cosa*?

—No, pero supongo que no tardará mucho.

—¿Quién ha ido á darle parte?

—Lo ignoro, pero ya sabes que estas cosas cualquiera se toma el trabajo de avisarlas.

—Despues de todo, si he de serte franco,—añadió el Gorrion,—me alegro infinito que haya desaparecido esa maldita casa: ella nos tenia separados de tu ventorro, en donde hemos pasado ratos muy agradables. Pero estoy en ayunas y te agradecería que me sirvieras aquí en esta mesa unos pimientos fritos y alguna otra friolera.

—No estoy hoy muy abundante de provisiones: solo

puedo servirte chorizos cocidos, bacalao frito, queso manchego, vino y pan.

—Pues con eso me basta para que echemos un párrafo.

—¿Tienes algo que decirme?

—Ya lo puedes suponer, puesto que vengo á verte.

Leandro puso sobre la mesa lo que habia ofrecido al Gorrion, y sentándose en el banco de enfrente, añadió:

—*Desembucha* lo que quieras.

—Antes de hablar de mi asunto, permite que te dirija una pregunta. ¿Qué has hecho de Colin, tu inseparable compañero?

—No me hables de Colin,—contestó Leandro, á quien el recuerdo de su perro habia causado una ligera impresion.—Él era mi amigo, inseparable compañero, como acabas de decir, y yo me complacia en tratarle como á un individuo de mi familia; pero indudablemente el amor le ha trastornado la chaveta, porque hace dos dias que, por mas que le busco, no le encuentro.

—El mundo está lleno de ingratos, querido Leandro,—repuso el Gorrion partiendo el pan sin auxilio del cuchillo.

—Demasiado lo sé; pero hablemos de tu *pleito*.

—Hombre, antes me parece oportuno que echemos un trago juntos.

—Con mucho gusto.

Leandro puso otro vaso sobre la mesa, y volviéndose á sentar frente al Gorrion, añadió:

—Habla lo que quieras.

—Tú sabes,—añadió el Gorrion despues de vaciar de un trago la mitad de un vaso,—que desde que el señor Quesada tuvo la maldita ocurrencia de habilitar esa casa, los amigos nos hemos visto en la precision de visitar menos el ventorro.

—Ya lo sé y he deplorado en silencio mi mala suerte; pero ahora que la *Casa Blanca* no existe, confío que renazca en vosotros la confianza y me visiteis con mas frecuencia.

—Así espero que suceda, y hoy mismo participaré yo la fausta nueva á algunos amigos. Pero vamos al caso. Tú, querido Leandro, has sido siempre para mí un leal amigo, y jamás he dudado en confiarte mis pensamientos y mis empresas.

—¿Tienes algun negocio entre manos?—preguntó maliciosamente Leandro.

—Tengo uno que puede sernos ventajoso si se lleva á cabo con mucha cordura.

—¿Y me necesitas á mí?

—Es claro, puesto que vengo á verte.

—¿De qué se trata?

—¿Conoces tú á don Ernesto de Fontana, baron de Labra?

—No le conozco personalmente, pero te he oido hablar á tí de él varias veces.

—Es una mala cabeza, un noble arruinado que hace mucho tiempo vendió el alma al diablo; pues bien, este señorito, que tiene en mí puesta toda su confianza, medita un golpe de mano que reponga su fortuna. Quiere

robar á una jóven inmensamente rica, y para llevar á cabo su empresa, necesita tres ó cuatro hombres de confianza. Yo he pensado en tí y vengo á proponerte el negocio.

Leandro guardó silencio durante algunos segundos.

—¿Y qué papel me habeis destinado á mí en ese asunto?

—¡Toma! tú, como yo y otros dos que busque, nos pondremos á las órdenes del señor baron de Labra para todo lo que ocurra.

—¿Para todo? Eso es muy ambiguo; es preciso determinar el papel que ha de representar cada uno de por sí, porque como yo supongo que no vamos á trabajar para el obispo...

—Supones muy bien, porque si el baron realiza su pensamiento y se casa con la jóven que nos ocupa, será inmensamente rico.

—¿Y si en vez de realizarse ese pensamiento satisfactoriamente, tira el diablo de la manta?

—Entonces será un negocio malo, y asunto concluido.

—Querido, desde que me he retirado á la vida pacífica y vivo tranquilamente en este solitario ventorro, han cambiado mucho mis ideas. No me gustan ya aquellas empresas violentas que, si bien me proporcionaban ganancias ventajosas, en cambio no estaba libre de peligros; si tú mañana adquieres un reloj ó una cadena sin la voluntad de su dueño y necesitas un hombre de confianza que le venda ó le oculte, ven en buen hora á

mi ventorro, que siempre me hallarás dispuesto á servirte, y bien puedes asegurar que primero han de hacerme tajadas antes que cante de plano y comprometa á nadie. Pero lo que me propones...

—Es la cosa mas sencilla y mas fácil del mundo. Figúrate por un momento,—añadió el Gorrion,—que yo, recomendado por el baron de Labra, es probable que entre de lacayo en casa de la señorita en cuestion: tú, antes de ser ventero, fuiste mayoral de diligencias, y por consiguiente para tí no será nada difícil guiar un tronco de yeguas; si se logra que entres en la casa, estaremos los dos juntos, y nada tan fácil como una noche, cuando la señorita salga del teatro, llevarla á donde tengamos por conveniente.

—Me parece que voy comprendiendo vuestro plan. Continúa.

—Conseguido esto, el baron y la señorita se las arreglarán como puedan, y el bueno del padre no tendrá otro remedio que acceder á las súplicas de los enamorados jóvenes y echarles la bendicion. Cuando nuestro negocio llegue á este punto, tú recibirás en pago de tus servicios una cantidad que te permita establecer en Madrid una taberna lujosa á donde podamos concurrir tus innumerables amigos á olvidar nuestras penas.

—Todo eso me parece bien, pero tiene alguna quiebra.

—Amigo Leandro, los escrúpulos sientan mal á gente de nuestra calaña: hace muchos años que vivimos *fuera de la ley*, y tienen mucho de ridiculo en nuestra

boca los escrúpulos de monja. Yo acepto el negocio que me propone el baron de Labra con todas sus consecuencias, y voy á ser te franco: al aceptarlo, no solo me guia la idea de servir á ese señorito, sino la de hacer por *mi cuenta* algun *negocio* bueno.

—¡Hola! Hombre precavido vale por dos.

—Figúrate por un momento,—añadió el Gorrion continuando su prosaico almuerzo,—que la casa donde voy á entrar de lacayo es una de las mas ricas de Madrid: se trata nada menos que de la ilustre casa del marqués del Radio, un general viejo que cuenta los millones por docenas.

El Gorrion hizo una pausa. Leandro le escuchaba con profundo interés.

—Un hombre como yo al servicio de una casa como la del general Lostan, no tiene precio: si á esto añadimos que logra el baron de Labra que te admitan de cochero, ya somos dos, y aunque criados de escalera abajo, no han de faltarnos ocasiones para hacer confianza con los criados de escalera arriba, y una noche se abre la puerta á tres ó cuatro amigos leales y se hace el negocio en redondo. ¿Acomoda ó no acomoda el trato?

Leandro agitó la cabeza en señal negativa y dijo:

—Amigo Gorrion, ya sabes que hace tiempo me he retirado á la vida pacífica; podeis contar conmigo de puertas afuera.

—¿De manera que rechazas mis proposiciones?

—Por lo menos necesito algunos dias para meditarlas.

- Es que el tiempo urge.
- ¿Cuándo vas tú á entrar al servicio de la casa?
- Estoy admitido desde ayer; tengo que presentarme esta misma noche.
- ¿Y dónde nos podremos ver?
- Á mí me será muy difícil volver aquí.
- Pero yo puedo ir á Madrid.
- Entonces convengamos en algo: ven á verme á casa del general Lostan, pregunta por mí, pero por mi nombre de pila, no por mi apodo: puedes decir que eres un pariente mio, un tio, por ejemplo. ¡Ah! me olvidaba decirte que yo estoy al servicio de la señora marquesa, porque en esta casa el ama tiene una servidumbre y el amo otra.
- Bien, yo pensaré lo que me conviene é iré á verte lo mas pronto que me sea posible.
- Te prevengo que no puedo esperarte mas allá de un par de dias.
- Con ese tiempo me sobra y me basta para decirme.
- Toca esa mano y creo que no habrá necesidad de advertirte que si no aceptas el negocio, callarás como un muerto.

Aquí llegaba el diálogo de nuestros dos personajes cuando se oyó el ruido de un coche y el precipitado trote de algunos caballos.

Leandro se levantó y dirigió una mirada hácia el camino de Madrid.

—¡Diantre!—dijo estremeciéndose,—el olor á cha-

musquina ha llegado hasta las narices de la justicia. Ahí tenemos á la Guardia civil que rodea un coche en el cual indudablemente vendrá el Juzgado.

—¡La Guardia civil!—repitió el Gorrion con un acento que demostraba lo desagradable que le era aquella visita.

—Tehaspuestopálido,—añadió sonriéndose Leandro.

—Es que me gustan poco los tricornios: toma, y hasta dentro de dos días.

El Gorrion dejó medio duro sobre la mesa y salió precipitadamente, procurando ocultar su cuerpo entre los espesos y seculares árboles de las orillas del Canal.

Leandro recogió tranquilamente los restos del almuerzo y los vasos que habia sobre la mesa, encendió un cigarro, y sentándose en uno de los bancos de la puerta, se dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso tener el ánimo sereno: pronto comenzarán las averiguaciones; esta pícara herida que tengo en la cabeza me pone en el caso de decir algo de la verdad; pero trabajo le doy á la curia para que averigüe lo que sucedió esta noche pasada en la *Casa Blanca*: los que podian hablar ya no existen; ánimo, pues, Leandro, que en estos casos un rostro tranquilo y un corazon sereno salvan las grandes dificultades.

Y el ventero, colocando una pierna sobre la otra, recostó la cabeza en la pared y continuó fumando como el hombre que se dispone á saborear los placeres del tabaco y á disfrutar de los rayos benéficos del sol.

## CAPÍTULO II.

## Primeras indagaciones.

Mientras tanto, un coche custodiado por cuatro guardias civiles, no sin vencer grandes dificultades por el estado fatal del camino, se detuvo á veinte varas de distancia de los restos de la *Casa Blanca*.

Del coche bajaron cuatro caballeros: uno de ellos era Quesada, el jefe de la policía secreta de Madrid; los otros, un juez, un escribano y un inspector.

Los civiles echaron pié á tierra, y atando los caballos á los troncos de los árboles, esperaron las órdenes de la autoridad á cuyo servicio se hallaban.

—Ante todo, señores,—dijo Quesada,—será conveniente que se busque á los pocos vecinos que hay en estas cercanías para que nos den algunos datos.

—Sí, sí,—dijo el juez;—pero primero busquemos los cadáveres.

—Como usted guste, pero desde aquí estoy viendo á un hombre que podrá darnos alguna luz en este asunto.

—¿Un hombre? ¿y dónde está?—preguntó el juez.

—Sentado á la puerta de aquel ventorro.

—Á ver, uno de ustedes, guardias, que vaya á traer á aquel hombre, y nosotros, señores, entremos en la casa.

El juez comenzó á caminar delante; todos le siguieron, esceptuando un guardia que se encaminó al ventorro.

El incendio habia devorado la casa, esceptuando una parte de las cuatro paredes maestras.

El techo, desplomado, no habia sido lo suficiente á sofocar la devoradora llama: junto á la puerta, medio enterrada bajo los escombros, se encontró el primer cadáver; pero tan horribilmente desfigurado, que con dificultad podia reconocerse.

—No me atreveré á afirmarlo,—dijo Quesada despues de un detenido exámen,—pero creo que este cadáver es el de Chamorro.

—¿Y quién era Chamorro?—preguntó el juez.

—Un criado mio, señor juez; yo le habia puesto aquí de guardian de esta casa, porque esta casa, como usted no ignora, era una especie de trampa para coger á algunos pájaros de mal agüero.

—¿Y está usted seguro que este cadáver es el de su criado de usted?

—Aunque por el rostro me seria completamente difícil asegurarlo, porque lo tiene abrasado por el fuego, creo ver en él algo que me recuerda al desgraciado Chamorro.

—Pasemos adelante,—dijo el juez.

— No tardaron mucho en encontrar otro cadáver; pero este era completamente desconocido para todos.

Sin embargo, el ojo práctico del juez creyó notar algo en aquel rostro negro como el carbon que promovía su curiosidad, y este algo era un agujero practicado en la parte alta de la ceja izquierda.

—¡Ah!—dijo el juez,—me parece que ese agujero no tiene nada que ver con el incendio: examínelo usted con detencion, amigo Quesada; yo, sin temor de equivocarme, lo creeria producido por un balazo disparado á boca de jarro.

—Sí, efectivamente, esto parece una herida de bala.

—Ahora siento no haber traido con nosotros al médico de guardia.

—Pero eso puede remediarse reconociendo los cadáveres en Madrid.

—Sin duda alguna; pero muchas veces la actitud en que se encuentra un cadáver dá grandes luces al médico que lo reconoce,—añadió el juez.

—Aquí no nos hallamos en este caso, señor juez; la violencia del incendio, la cantidad de escombros y maderos encendidos que han caido sobre estos infelices, son suficientes para desorientar al médico mas práctico.

—Una pregunta, señor Quesada: ¿vivía Chamorro solo en esta casa?

Esta pregunta desorientó un tanto al jefe de la policía, porque su situacion era bastante embarazosa.

Por acceder á una exigencia del general Lostan,

Quesada habia accedido, como recordarán nuestros lectores, á tener encerrado en la *Casa Blanca* al doctor Samuel.

Decir la verdad era echar sobre sí una responsabilidad que podia traerle graves y fatales consecuencias; creyó, pues, prudente negarlo todo.

Si en la *Casa Blanca* se habia cometido un crimen, si habian muerto el doctor Samuel y Chamorro, los únicos que podian comprometerle con sus declaraciones, lo mas conveniente era dejar en el misterio aquella catástrofe que podia comprometerle.

Quesada respondió con resolucion:

—Sí, Chamorro vivia solo, esceptuando cuando al gobernador le convenia tener en esta casa encerrado á algun pájaro de cuenta.

—Pero en la actualidad, ¿vivia solo el guardian?—preguntó el juez.

—Solo absolutamente.

—Entonces, ¿de quién es este otro cadáver?

—Hé ahí el misterio,—contestó con gran aplomo Quesada:—ese otro muerto me es desconocido. Lógicamente discurriendo, es de suponer que Chamorro, viendo que era impotente para apagar el fuego, echaria el cuerpo fuera del peligro, y sin embargo, le encontramos aquí cadáver, en el supuesto que este cadáver sea el suyo, aunque me parece que sí.

—Amigo Quesada,—añadió el juez,—este otro cadáver con la frente herida, me indica que en el silencio de la noche y en medio del incendio se ha cometido un

crimen que en este momento se halla profundamente envuelto entre los escombros de la casa incendiada. Vamos, pues, á procurarnos alguna luz.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Ante todo, procuremos identificar los cadáveres y tomar algunas declaraciones.

El juez dió orden al escribano para que se dispusiera á recibir las declaraciones de Leandro, que se hallaba conversando con el guardia civil, no muy lejos de aquel sitio.

Mientras tanto, los dos cadáveres fueron colocados junto á un árbol, y los guardias se dirigieron á los caseríos inmediatos en busca de testigos.

Comenzó el interrogatorio de Leandro, que contestó con gran serenidad:

—Serian aproximadamente las once de la noche,—dijo;—yo me habia acostado vestido, porque con frecuencia llaman á la puerta de mi ventorro los transeuntes á comprarme una copa de vino ó de aguardiente. Apenas me habia traspuesto, oí que llamaban y al mismo tiempo una voz me dijo:

—¡Abre, Leandro, soy yo!

Me levanté y abrí, porque habia reconocido la voz de Chamorro.

—¿Tú á estas horas por aquí?—le pregunté.

—Se me ha agotado el aguardiente y vengo á que me vendas un cuartillo,—me dijo dándome una botella que llevaba en la mano.

Le medí el aguardiente, me dió los cuartos, encendió

un cigarro y salió del ventorro: yo volví á echarme sobre mi cama.

—¿Y no mediaron entre usted y Chamorro mas palabras que las que acaba usted de decir?—preguntó el juez.

—Chamorro era poco hablador: cuando le hacia falta algo y venia á verme, no empleaba ni mas ni menos palabras que las que he dicho á V. S., «necesito esto ó aquello,» se lo daba, me pagaba y hasta otra ocasion.

—Pero, ¿no advirtió usted algo en su semblante? ¿Estaba sereno ó inquieto?

Leandro se sonrió con la mejor buena fé del mundo y dijo:

—Encontré á Chamorro lo mismo que siempre; bien es verdad que yo me hallaba medio dormido.

—¿De qué procede esa herida que, segun parece, tiene usted en la cabeza?—preguntó el juez.

—Del incendio de la *Casa Blanca*,—contestó Leandro con gran naturalidad.

Esta respuesta, pronunciada con mucha sencillez, reanimó las graves fisonomías de Quesada y del magistrado.

—¡Ah! ¿Conque usted estaba en el incendio?—preguntó el juez,—y sin embargo, no me habia dicho usted nada.

—¡Toma! estoy en el principio de mi declaracion; ya hubiera llegado á la maldita ocurrencia que me rompió la cabeza y que por poco me cuesta la vida, porque si llego á perder el conocimiento, no sé lo que hubiera sido de mí.

—Está bien; continúe usted dando cuenta á la justicia de todo lo que sepa perteneciente al incendio de la *Casa Blanca*, y sobre todo de esos cadáveres.

—En cuanto á los cadáveres,—añadió Leandro mirándolos con indiferencia,—poco ó nada puedo decirle á V. S.

—Diga usted lo que sepa,—á nadie obliga la justicia.

—Pues bien: yo volví á acostarme en cuanto se marchó Chamorro, y al poco rato creí oír una detonación de arma de fuego.

Quesada y el juez se miraron, pensando á un tiempo que iban á encontrar el origen de la herida que tenia en la frente uno de los dos cadáveres.

—La verdad, señor juez, al pronto, aunque oí un tiro, no hice caso, porque estos sitios están muy frecuentados por los cazadores de Madrid y hay hombre que se pone de espera en los cerrillos de los Toriles y se pasa la noche en vela solo por tirar un tiro á los conejos; otras veces se ponen en los charcales á esperar los ánades, de modo que un tiro mas ó menos durante la noche no nos sobresalta; yo hubiera dormido á pierna suelta si detrás del tiro no me hubiera parecido oír una voz que pedia socorro.

Leandro hizo una corta suspension de su relato para dar tiempo al escribano á que le extractara en el papel; luego volvió á decir:

—Me incorporé un poco en la cama, y efectivamente oí voces y una segunda detonación. Esto me sobre-

saltó, y confieso á V. S., señor juez, que mi primer pensamiento fué estarme quieto, porque estos sitios se hallan frecuentados por gente de mala vida y nunca están de mas las precauciones; pero ocurriéndoseme de pronto que podia ser Chamorro el que necesitaba auxilio, me levanté, cogí mi carabina y abrí la puerta. Al pronto retrocedí espantado, porque una viva claridad iluminaba mi ventorro. Creí que tenia el fuego en casa, pero pronto me convencí de que estaba ardiendo la *Casa Blanca*.

—¿Y qué hizo usted entonces?—preguntó el juez.

—¡Toma! dejé la carabina, que para nada me servia, y corrí á la casa con la intencion de prestar ayuda á Chamorro; pero, ¿quién diablos podia apagar aquella inmensa hoguera? La casa estaba ardiendo por los cuatro costados; hacia mucho viento y yo solo podia disponer de un cubo. Sin embargo, me revestí de valor y penetré en el primer patio, llamando á Chamorro: nadie me respondió; quise avanzar mas hácia dentro y me cerraron el paso las llamas. Entonces calculé que todo estaba perdido, que yo era impotente para detener el fuego y retrocedí. En este momento me cayó una bovedilla sobre la cabeza que me dejó atontado algunos segundos. Si hubiera caido al suelo desmayado, á estas horas no existiria, porque apenas habia abandonado aquella pieza, cuando se desplomó todo el techo.

—Pero usted, al penetrar en la casa, ¿no oyó gritos, no vió á nadie?—preguntó el juez.

—Solo oí los chasquidos de las maderas al rajarse

por el calor de las llamas. Además, la bovedilla me había roto la cabeza, corría la sangre por mi rostro y por el cogote y volví al ventorro á ponerme unos trapos con agua y vinagre y vendarme la cabeza.

—Pero, ¿no se presentó nadie á prestar auxilio?

—Por aquí hay pocos vecinos. Sin embargo, creo que ví alguna gente contemplando con asombro las llamas.

—¿Y reconoció usted esa gente?

—No, señor; si mal no recuerdo, eran dos ó tres mujeres y otros tantos hombres: serian vecinos de las cercanías inmediatas.

—¿Y qué hizo usted despues de curarse?

—Beberme un vaso de vino, y como me dolia mucho la cabeza, me acosté en mi cama y me quedé así como aletargado.

—¿Jura usted haber dicho la verdad?—añadió el juez.

—Lo juro una y mil veces que sea necesario. Lo que yo siento es no haber podido ser útil para apagar el incendio.

Por órden del juez el escribano leyó la declaracion y Leandro la firmó con mano serena.

Dos guardias civiles que no cesaban de rebüscar entre los escombros, auxiliados de algunos campesinos, encontraron una pistola de arzon, descargada; un estuche de cirujía, de bolsillo, bastante viejo; una escopeta de dos cañones, y el cadáver de un perrillo de dudosa casta y con las orejas y el rabo cortados.

Quesada reconoció la escopeta, pues se la había dado á Chamorro para guardar la casa. La pistola le era desconocida, como asimismo el estuche de cirujía y el perro.

Leandro dirigió una mirada al cadáver del perro y guardó silencio: había reconocido á su leal Colin.

Se tomaron algunas declaraciones, todas ellas de poca importancia.

El juez dirigió algunas preguntas á Quesada y de ellas resultó que Chamorro no tenía perro, al menos que él supiera, y que el estuche le era completamente desconocido.

Terminadas las diligencias, se dispuso que se trasladaran los cadáveres al hospital de Madrid y que se espusieran para ver si podia identificarse la persona del que tenía la herida en la frente, y Leandro vió con satisfaccion alejarse de aquellos sitios el carruaje donde iba la justicia y á los guardias civiles custodiando los cadáveres.

—¡Pobre Colin!—murmuró Leandro en voz baja,—tu fidelidad te ha perdido; quisiste seguirme y has entregado la pelleja; pero no seré yo el que deje tu cuerpo espuesto á la voracidad de los grajos.

Y cogiendo el perro de una pata, lo arrastró hasta las orillas del Canal.

Luego hizo un hoyo en la húmeda tierra y lo enterró.

---

## CAPÍTULO III.

Donde el lector sabe algo mas que la justicia.

Julian y Leandro, seguidos del inseparable Colin, penetraron por una de las cuevas de los Toriles con la firme resolucion de salvar al doctor Samuel.

Á la entrada de la cueva Leandro encendió la linterna, y esta operacion, que detuvo por un momento la marcha de los dos amigos, puso en los labios de Julian la siguiente pregunta:

—¿Crees tú que nos cumplirá Chamorro la palabra?

—Espero que la cumpla, si no por servirte, al menos por cobrar el precio estipulado.

—Es que no es de cuerdos fiar mucho en hombres como Chamorro.

—¡Bah! El dinero sujeta mucho á los hombres, y por trescientos duros, no digo yo hacer una obra meritoria como la que nos ocupa, sino hasta á despanzurrar á un prójimo se comprometeria Chamorro.

—Á pesar de lo que me dices, si he de serte franco,

me estraña mucho que el guardian de la *Casa Blanca* haya accedido con tanta facilidad á mis proposiciones.

—Querido Julian, la cabra siempre tira al monte.

—Pero la cabra teme mucho la honda del pastor.

—Tambien eso es cierto, pero aprovecha la ocasion de vagar libre por los riscos lejos de su tutela.

—¿Y crees tú que Chamorro está cansado de vivir en la *Casa Blanca*?

—Harto y bien harto debe estar, y á no ser por el respeto que le inspira el señor Quesada, hace tiempo que hubiera abandonado esa triste jaula que, como una cárcel, le aprisiona entre sus paredes. Chamorro ha sido siempre un hombre libre; la vida regulada le ahoga, le mata, y siempre le he oido decir que si el presidio le disgusta es porque en él se sirve el mismo rancho todos los dias y á una misma hora. Así pues, ten confianza, que yo te aseguro no ha de faltarnos á su palabra.

Despues de este corto diálogo, encendida la linterna, á favor de su luz comenzaron de nuevo los dos amigos á emprender el camino subterráneo.

Leandro caminaba delante, como conocedor del sitio en que se hallaba.

El ventero era un hombre animoso y astuto, estaba acostumbrado á arriesgar la vida, y cuando se resolvía á tomar parte en algun negocio, por espuesto que fuese, se le veía marchar siempre delante con la frente serena y la mirada tranquila.

Para ciertas naturalezas el peligro tiene sus encantos y sus momentos de placer.

Además, al tomar parte Leandro en la salvacion del doctor Samuel le guiaba una mira egoista.

Para él no era tan importante el devolver la libertad al pobre viejo cautivo y amenazado de muerte, como prender fuego á la *Casa Blanca*, cuya vecindad le era molesta, causándole al propio tiempo grandes perjuicios.

La *Casa Blanca* era, por decirlo así, el ojo de la justicia suspendido sobre el ventorro de Leandro. Era preciso, pues, arrancar la pupila á aquel ojo, dejarle ciego, y Leandro, al tomar parte en la empresa que nos ocupa, llevaba el firme propósito de trabajar por cuenta propia.

Desde la entrada de la cueva hasta la puerta de hierro que cortaba el camino subterráneo, habria, aproximadamente, unos quinientos metros.

Leandro, que, como hemos dicho, caminaba delante, siempre que se presentaba un mal paso, se detenía y, alumbrando el sitio con la linterna, decia:

—Cuidado, aquí hay un hoyo; salta, Colin.

Después de algunos minutos de marcha se detuvieron.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Julian.

—¡Toma! ¿Qué hemos de hacer? esperar á que Chamorro nos abra por dentro esta plancha de hierro. Supongo que habrás cargado á tu gusto las pistolas.

—¿Crees tú que tendremos necesidad de hacer uso de ellas?

—Ignoro lo que sucederá detrás de esa puerta; pero

hombre prevenido vale por dos. Á mí no me gusta dejar testigos detrás de mí que puedan comprometerme, y es de suponer que los hombres que están á cargo del doctor Samuel se defiendan á todo trance, y en ese caso...

—Te comprendo, en ese caso será preciso librarle de sus garras.

Leandro dejó la linterna en el suelo, se sentó á su lado, y sacando la petaca, volvió á decir:

—El cigarro es un entretenimiento agradable para los fumadores: fumando, el tiempo se hace menos pesado.

—¿Crees tú que tardará mucho en abrirnos esa puerta?

—Hombre, ¿quién es capaz de adivinar lo que pueda sucederle á Chamorro?

—Dices bien.

—Estás esta noche muy impaciente: siéntate, fuma y recobra las fuerzas por si tenemos necesidad de hacer uso de ellas.

Y Leandro, levantando los ojos hácia la tosca bóveda de la cueva, añadió sonriéndose:

—Qué muerte tan dulce seria la nuestra si cayese sobre nuestras cabezas ese techo.

—Á buen seguro,—dijo á su vez riéndose Julian,— que no nos daría tiempo para decir «¡Jesús!»

Y el cazador de oficio, sentándose al lado de Leandro, sacó también su petaca y ambos se pusieron á fumar.

Mientras tanto, veamos nosotros qué es lo que sucedía en el interior de la *Casa Blanca*.

Chamorro habia cogido de un armario la llave de la puerta de hierro y, despues de examinar con detencion la escopeta de dos cañones que se hallaba en un rincon del hogar, meditó un momento en silencio y por último se dijo hablando consigo mismo:

—Lo importante es preparar la cosa de manera que no pueda caer mañana sobre mí ni la mas pequeña parte de responsabilidad. De los dos hombres á cuyo cargo está el viejo prisionero, uno de ellos se ha marchado á Madrid, el otro estará, indudablemente, de centinela en la antesala de la habitacion sorda. Yo cumplo mi compromiso abriéndoles la puerta de la cueva é indicándoles el sitio en donde está el *pájaro* encerrado. Despues allá se las avengan como puedan; con dar parte mañana al señor Quesada de que por la cueva han entrado algunos hombres auxiliados, sin duda, por los guardianes del preso, yo salvo mi responsabilidad y me gano esos cuartos, que no han de venirme mal por cierto.

Y Chamorro, sonriéndose de un modo que hubiera inspirado desconfianza á un hombre receloso, hizo un movimiento de hombros y volvió á decirse:

—En último caso, como es sabido que los muertos no hablan, nada tan fácil como librarme del guardian, que con el rostro cubierto, se halla siempre lo mismo que un perro de presa en la antesala del viejo. Decididamente ese hombre está sentenciado á muerte, porque pudiera mañana comprometerme con sus declaraciones.

Pero no perdamos el tiempo: manos á la obra. Veamos antes si duerme ó no duerme el misterioso cancerbero.

Chamorro cogió una luz y comenzó á subir la escalera del piso principal.

Cuando llegó al corredor, á cuyo término se hallaba la antesala de la habitacion sorda, se abrió la puerta y una voz bronca é imperiosa gritó:

—¡Quién vá!

—Soy yo, que vengo antes de acostarme á ver si tiene usted que darme algunas órdenes.

Bonifacio, que en aquel momento no llevaba el antifaz puesto, al reconocer á Chamorro, guardó el revolver en el bolsillo del chaqueton y le dijo:

—¡Ah! Es usted: adelante.

Chamorro entró en la antesala, y dejando la luz sobre una mesa, repuso con tranquila entonacion:

—Vengo á saber si volverá esta noche el compañero de usted, que ha salido hace poco.

—Indudablemente volverá; pero en ese caso,—contestó Bonifacio,—trascurrirán por lo menos un par de horas.

—Pues en ese caso, aprovecharé ese rato para echar un sueño, aunque sea vestido, sobre el poyo del hogar.

—Puede usted hacer lo que guste,—añadió Bonifacio.

—Una pregunta, buen amigo,—volvió á decir Chamorro con cierto aire bonachon y confiado:—¿usted no duerme nunca?

—Yo duermo cuando puedo,—contestó Bonifacio con sequedad.

—Pues es una gran ventaja, porque á mí cuando me

coge el sueño de las orejas, no me queda otro medio que cerrar los ojos y darle gusto.

—Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

—¡Toma! porque el hombre es curioso, y como yo siempre que subo por aquí le encuentro á usted despierto, me he dicho: «¿Si no dormirá el amigo de arriba?» Con que, buenas noches; si por casualidad me duermo y viene el otro compañero y llama, hágame usted el favor de bajar hasta la cocina, que allí me encontrará echado en el banco del hogar.

Y Chamorro, dando media vuelta, salió de la habitación y descendió al piso bajo.

—Está visto,—se dijo hablando consigo mismo,—que con dificultad podremos sorprender á ese hombre dormido, y lo que es despierto no se deja arrebatar tan fácilmente la presa. En fin, suceda lo que Dios quiera, abramos la puerta de la cueva y luego que ellos se las compongan.

Chamorro cogió una luz y entró en un cuarto que habia en la misma cocina: desde la puerta de este cuarto comenzaba una rampa que tendria de siete á ocho metros de largo. Al extremo de esta rampa se hallaba la puerta de hierro que comunicaba con la cueva.

Chamorro, antes de abrir, dió dos golpes con los nudillos de la mano derecha sobre la plancha de hierro.

Poco despues volvieron á oirse otros dos golpes por la parte de fuera.

—Ahí están,—se dijo.

Y quitó dos barras de hierro que en forma de cruz

atravesaban la puerta, luego introdujo la llave en la cerradura, dió dos vueltas y abrió la puerta.

Leandro, Julian y Colin penetraron por aquella especie de agujero que les obligaba á inclinar sus cuerpos, pues apenas tendria tres piés y medio de elevacion.

Colin, al tropezar con Chamorro, comenzó á gruñir y tal vez se disponia á ladrar.

—¡Maldito seas! — dijo Leandro sacudiéndole un puntapié.

—¿Por qué diablo has traído el perro?—añadió Chamorro.

—Se ha venido detrás de mí y solo le he visto cuando estábamos en la cueva.

—Ahora solo falta que se ponga á ladrar y alborote el cotarro.

—No tengas miedo: Colin ha comprendido, por la insinuacion que acabo de hacerle, que á mí me conviene que no ladre. ¿Tienes alguna buena noticia que darnos?

—De los dos guardianes se ha marchado uno.

—Tanto mejor para nosotros; un enemigo menos.

—Sí, pero el que nos queda está siempre con los ojos abiertos y el revolver en la mano.

—Somos tres contra uno: creo que no debe inspirarnos miedo.

—Sin embargo, si la *cosa* se pudiera hacer sin escándalo...

—No deseo otra cosa,—añadió Leandro.

—Eso seria mucho mejor,—dijo á su vez Julian.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Arriba en la antesala de la habitación sorda.

—Es preciso caer sobre él de sorpresa, atarle las manos para que no se utilice de ellas y tapparle la boca para que no alborote.

—Eso me parece bastante difícil.

—No te creia tan medroso,—añadió Leandro.

—No soy medroso, pero en donde veo el peligro lo reconozco, y ni me gusta echarla de confiado, ni soy amigo de las bravatas cuando á nada conducen.

—En fin,—dijo á su vez Julian con impaciencia,—condúcenos á la habitación donde está el viejo prisionero.

—Esperad un momento que cierre la puerta de hierro.

—¡Cómo! ¿Vas á cortarnos la retirada?

—Esa desconfianza podria ofenderme; despues de hecho el negocio, saldreis por la puerta principal.

—Como quieras: vamos.

—Yo solo os acompañaré hasta el primer tramo de la escalera, luego cruzais á lo largo el corredor, á cuyo extremo se encuentra una puerta, detrás de esa puerta encontrareis al hombre que está encargado de vigilar al preso.

—Amigo Chamorro,—añadió Julian,—ese nó es el trato: tú has ofrecido ayudarnos.

—Pues ya os ayudo, ¿no acabo de abriros la puerta?

—Eso no es bastante: vendrás con nosotros, porque nadie mejor que tú conoce los pasos de la casa. Si crees

que hay mucho peligro y temes ponerte delante, puedes quedarte detrás, pero es preciso que vengas con nosotros.

Chamorro vaciló un momento; comprendia las poderosas razones de sus amigos y accedió por fin á ayudarles en todo.

—Entonces no perdamos el tiempo.

Poco despues se hallaban en la cocina.

Chamorro indicó con la mano la escalera.

—Arriba está el peligro; puesto que estais decididos á arrostrarlo, armaos antes de emprender el ataque, como hacen los hombres prudentes.

Julian sacó las dos pistolas del cinto: Leandro hizo lo mismo.

En cuanto á Chamorro, dirigió una mirada hácia la escopeta que estaba en un rincon del hogar, y juzgándola, sin duda, un arma poco á propósito para aquellas circunstancias, sacó una navaja del bolsillo del chaqueton y dijo:

—Con esto me basta: vamos arriba.

## CAPÍTULO IV.

## Lucha desigual.

Bonifacio, apenas salió Chamorro, comenzó á dar paseos por la habitacion, aplicando unas veces el oido á la puerta que daba paso al dormitorio del doctor Samuel, otras á la que conducia al corredor.

Aquel hombre, astuto como el zorro, valiente como el leon y leal como el perro, desde que se hallaba en la *Casa Blanca* encargado de la delicada comision de celar al doctor Samuel, puede decirse que no habia disfrutado ni una sola hora de sueño.

Cuando el cansancio le rendia, colocaba una silla arrimada á la puerta que daba al corredor, se sentaba en ella, y apoyando la cabeza sobre la madera, solia dormir algunos momentos; pero su sueño era ligero como el de la perdiz, y Bonifacio estaba seguro de que no habian de sorprenderle en esa pequeña muerte de la vida que tantas veces ha colocado al hombre indefenso en manos de sus enemigos.

Por otra parte, Bonifacio desconfiaba de todo, com-

prendia la inmensa responsabilidad de su comision, el gran peligro del general si el doctor Samuel lograba fugarse.

Y sin embargo, aquel viejo con la frente coronada de canas, débil, inofensivo; aquel anciano á quien el hambre comenzaba á devorar las entrañas, sentenciado á morir de un modo horroroso, le inspiraba respeto y veneracion.

Ningun daño le habia hecho y se sentia dispuesto á sacrificarle á una sola orden del general, porque el corazon humano es un misterio, un arcano insondable, y Bonifacio, esclavo de la gratitud y del respeto, hubiera hundido, sin vacilar, el puñal en el pecho de aquella víctima destinada al sacrificio.

De vez en cuando, Bonifacio, como si temiera que el anciano se evaporara por el alto tragaluz de su dormitorio, se colocaba el antifaz sobre el rostro, entreabria la puerta y buscaba con una mirada el macilento cuerpo del doctor Samuel.

Al verle inmóvil, tendido en el sofá ó paseando por la sala con paso inseguro, una sonrisa de satisfaccion asomaba á los labios de Bonifacio y su pecho se dilataba como si recobrará nueva vida.

Jamás el avaro tuvo tantos afanes por su tesoro como Bonifacio por aquel hombre que le habian confiado.

Nunca un padre pasó tantos desvelos por su hijo como Bonifacio por el doctor Samuel.

Nuestros lectores recordarán que durante la larga y penosa convalecencia del médico de Horche, Bonifacio

no se separó ni un solo segundo de su lado, siendo la sombra viva de aquel cuerpo enfermo.

Una sonrisa, una lágrima, un suspiro, una palabra le conmovían, diríase que las fibras del corazón de aquel hombre rudo habían adquirido un gran desarrollo de sensibilidad.

Pero la Providencia había hecho inútiles todos sus desvelos, todos sus afanes, y el doctor, burlando su celo, sin saberlo, había herido de muerte su amor propio.

Mil veces cogió con trémula mano el fatal veneno para esterminar al pobre viejo, sospechando que una chispa de razón germinaba en su cerebro.

¿Quién había detenido la mano de este hombre para que no derramara las doce gotas del líquido ponzoñoso en la taza de los alimentos que suministraba al enfermo y que con tanta facilidad, al aplicarle á sus labios, hubiera cortado el hilo de su existencia?

Dios, sin duda: Dios, sér increado, espíritu inmortal, amparo del justo y providencia del inocente, había librado, sin duda, la existencia del doctor Samuel de los inmensos peligros que le rodeaban desde aquella noche en que la infortunada Ángela le hizo depositario de su gran secreto.

Porque de otro modo, ¿cómo es posible que se hubiera salvado?

Hay algo en los acontecimientos de la vida, algo en este inmenso valle de lágrimas y penalidades que es superior á la inteligencia humana, que es mucho mas grande que la voluntad del hombre.

Para los grandes filósofos, los escépticos materialistas que, dejándose llevar por su vanidad, se creen empuñar ese escalpelo que lo diseca y lo desentraña todo, llega un momento en que, conociendo su impotencia y su pequeñez, inclinan abrumados la frente sobre el pecho y pronuncian con acento trémulo y cobarde esta frase, que envuelve la duda y la fé al mismo tiempo: «¡qué hay mas allá del sepulcro! ¡quién mueve la máquina del universo! ¡quién creó al sol, padre de la tierra! ¡quién dá movimiento á los mares y, regularizando la marcha de los astros, otorga perfumes á la primavera, cantos á las aves, vida á las fuentes!»

Bonifacio no era ni un filósofo escéptico como Volney ni un fanático como Felipe II.

Tenia, sin embargo, las creencias de la religion cristiana arraigadas en el corazon, porque, hombre del pueblo, su madre le habia enseñado desde la cuna á amar y temer á Dios.

Por eso en las horas de soledad que pasaba en la *Casa Blanca*, al entregarse á esa vida de los recuerdos y calcular los peligros de que se habia salvado el doctor Samuel, sin poner nada de su parte, tenia motivos de reconcentracion consigo mismo y no dudaba que la Providencia se habia encargado de proteger á aquel pobre anciano.

Pero Bonifacio tenia una gran virtud en el alma: el agradecimiento. Recordaba siempre, como se recuerdan los dias de gran dolor, una noche triste, sombría en que, arrodillado á los piés de un sacerdote, le hacia la

última confesion, disponiéndose á terminar sus dias en un patíbulo.

En este momento sublime se abrió la puerta de su capilla y por ella penetraron un militar y una niña de pocos años.

Aquel militar era el general Lostan; aquella niña era Clotilde, que le traia el indulto en su pequeña mano.

Bonifacio pasó rápidamente de la muerte á la vida, de las tinieblas á la luz, del infierno al paraíso, creyó ver en derredor de aquellos dos séres que le salvaban algo de ese resplandor celeste con que los pintores adornan las cabezas de las vírgenes, y desde aquel momento se hizo á sí mismo la promesa de sacrificar su vida y aun su alma si aquel militar ó aquella niña lo necesitaran.

Bonifacio, pues, no tenia voluntad propia, era un esclavo del general Lostan y hubiera cometido por él hasta un sacrilegio.

Pero volvamos á reanudar el relato de esta historia.

Bonifacio entró en el dormitorio del doctor Samuel, que permanecia echado en el sofá, inmóvil como un cadáver, le contempló un breve instante y, tal vez sospechando si aquella naturaleza habria dejado de existir, le puso una mano sobre el hombro.

El doctor Samuel abrió los ojos, fijó una mirada vaga, débil, apagada, en el hombre que interrumpia su triste quietud y le dijo:

—¿Qué quieres?... déjame morir en paz.

—¿Por qué se empeña usted en no acceder á nuestras súplicas?

—¡Ah! ¿Eres tú, Bonifacio?—repuso el doctor:—no te cubras el rostro, te reconozco por la voz, puedes arrancarte el antifaz; ni te tengo ódio ni cariño: me eres completamente indiferente.

—Yo no soy Bonifacio,—contestó con acento entrecortado.

—Por mucho que lo niegues, yo no he de dar crédito á tus palabras; pero si no vienes á darme la libertad ó á proporcionarme un poco de alimento para aplacar el hambre que me devora, vete, déjame en paz, y dentro de algunas horas puedes volver por mi cadáver y decirle al general á ese cruel verdugo de la infeliz Ángela y mio, que yo he cumplido como bueno, que yo le perdono, pero que no espere que la clemencia de Dios descienda sobre su frente en el último instante de su vida.

Y el doctor Samuel, volviendo el rostro hácia la pared, cerró los ojos como si le molestara la presencia de aquel hombre.

Bonifacio sintió algo dentro de su pecho que le dolía, y era, sin duda, que las palabras del anciano penetraban en su corazón como aceradas puntas: porque así como el hierro rasga la carne, las palabras suelen también herir el alma de muerte.

Bonifacio comprendía que aquel anciano era incorregible, tenaz, que estaba dispuesto á morir de hambre antes que acceder á los deseos del general Lostan.



PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

**BASES DE LA PUBLICACION.**

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

**Á UN CUARTILLO de real la entrega.**

Imp. de Ramírez y C.<sup>ª</sup>